

MODERNIDAD, VALORES Y FUERZAS ARMADAS. LA OTRA RUTA ABIERTA POR JUAN SEBASTIÁN DE ELCANO

Margarita ROBLES FERNÁNDEZ
Ministra de Defensa

Los valores son los pilares sobre los que construimos nuestras vidas y levantamos sociedades justas y libres. Por las especiales características de su servicio, los valores son si cabe aún más esenciales en las fuerzas armadas. La entrega de los militares a sus ciudadanos en cualquier momento y lugar, sin importarles el riesgo, la fatiga o la dificultad, solo puede asentarse sobre la plena asunción de principios morales muy sólidos.

Por ello, los valores de la institución militar no se basan en conceptos trashed, sino en una vibrante modernidad. A lo largo de la historia, nuestros militares han sido en muchas ocasiones pioneros y embajadores ejemplares de los valores humanos.

Hace 500 años, un marino español vivió en Valladolid uno de esos momentos trascendentales que jalonan la ejemplar aportación de España al avance de la humanidad. El 6 de octubre de 1522, Juan Sebastián de Elcano rendía viaje ante el emperador Carlos I tras haber completado la primera circunnavegación de la Tierra.

Como sabemos, la gesta reunió a personalidades excepcionales en una época excepcional. Las brumas de la Edad Media iban quedando atrás, dando paso a la luz del Renacimiento. El ser humano comenzaba a convertirse en centro de la vida política y social y retornaban ideales de libertad y respeto que iban a reformar el mundo y hacerlo cada día un poco mejor.

El capitán general de la expedición era Fernando de Magallanes, un representante de la nobleza que iba quedando rezagada en ese tiempo nuevo, pero que en Magallanes venía revitalizada, por su extraordinaria audacia y su capacidad visionaria. Él sabía cómo moverse en las cortes europeas, cómo convencer, obtener recursos y poner en marcha la compleja logística de una expedición. En estos años de conmemoración del V Centenario, hemos podido apreciar su excepcional determinación y sus inigualables dotes como descubridor.

Magallanes encontró en el trono de España a un joven rey convencido de mantener la estrategia de expansión hacia el Oeste que le inspiraron sus abuelos: la reina Isabel, promoviendo los viajes de Colón en busca de Catay y Cipango, y el rey Fernando, que durante sus períodos de regencia castellana había dispuesto hasta tres intentos de alcanzar Asia Oriental desde distintas zonas de América.

Un rey educado en los principios del nuevo pensamiento humanista y que, pese a su juventud, se sentía identificado con la naciente doctrina naval española que, atesorando la experiencia de los 27 años transcurridos desde el descubrimiento de América, comenzaba a dar un nuevo sentido a la ordenanza, introduciendo principios de justicia, legalidad, y respeto y consideración hacia otros pueblos.

El monarca vio el potencial estratégico y económico de lo que Magallanes le proponía, pero no quiso que la expedición fuese un instrumento de conquista sino un viaje de apertura y encuentro, orientado al establecimiento de relaciones provechosas para los pueblos que la ruta iba a poner en contacto. Con ello, Carlos I acometía un gran proyecto supranacional, integrador, humanista, moderno, y el más claro antecedente del proyecto europeo que vivimos en la actualidad.

Así, la instrucción real ordenaba no invadir los límites de otros estados, realizar un comercio justo con los pueblos que encontrasen, advertía contra desaires a gentes de cultura diferente, recomendaba en todo momento mesura y buen trato a los indígenas, y subrayaba la obligación de respetar a las mujeres.

Las llamadas «Capitulaciones» constituyen un modelo de humanidad, y situadas en su tiempo, son un ejemplo maravilloso de cómo la expedición iba a sentar las bases de lo que después se desarrollaría —precisamente en Valladolid— como derecho de gentes. La convicción de que todos los seres humanos son iguales, y como tales merecen igual respeto.

Entre los componentes de la expedición se encontraba un modesto marino vasco. Un hombre humilde, que incluso había tenido problemas con la justicia por un asunto de deudas, pero que atesoraba el sentido de trascendencia de la persona humana que prueban sus cartas al emperador, su testamento y el haber merecido la confianza de los demás expedicionarios. Elcano representaba una nueva era de hombres hechos a sí mismos, responsables de sus actos y leales a su soberano, no por la pleitesía del súbdito sino por la propia voluntad de quien se sabe libre.

A la muerte de Magallanes, la expedición se encontraba en un momento crítico y en condiciones sumamente desesperadas. Tras ser elegido capitán, Elcano asumió la responsabilidad de ser fiel al sentido de la misión encomendada, comerciando y suscribiendo tratados de amistad con los reyes moluqueños de Tidore, Jiloló, Maquián y Ternate. Y una vez alcanzado su objetivo, tomó una decisión arriesgada y audaz.

Ante la incertidumbre del retorno a través del Pacífico, transformó el proyecto magallánico de un viaje de ida y vuelta por el mismo camino, y eligió regresar

hacia el Oeste, sin escalas por las rutas del Índico. Para ello debía enfrentar los rugientes 40 con un barco maltrecho, y debía ganar el cabo de las Tormentas. Como marino experimentado, Elcano confiaba en que era posible hacerlo pese a la dureza del trayecto y al riesgo de enfrentamiento con las flotas enviadas a interceptarlo.

En esa empresa le ayudó lo que entonces era un prodigio de la construcción naval española: la nao *Victoria*, símbolo de las tecnologías que habían permitido a los buques de la Armada adentrarse en el mar profundo buscando nuevas rutas que acabarían configurando un mundo completamente diferente.

Elcano logró culminar la expedición dándole un sentido solamente intuido por él, y se presentó al emperador con los asombrosos resultados científicos, comerciales y morales de su viaje.

La gesta de un puñado de marinos al servicio de la Corona de España y su mensaje de concordia y tratados de paz con los pueblos más alejados de su patria se convirtió en un símbolo de la transición del viejo mundo al nuevo.

De la misma manera, nuestros militares siguen siendo hoy embajadores de una España a la cabeza de la modernidad. Los valores que practican en sus misiones de paz: espíritu de servicio, valentía, lealtad, competencia, empatía y respeto, son los que nos ayudan a construir un mundo más justo, estable y sostenible.

Al igual que Juan Sebastián de Elcano y su tripulación contribuyeron a romper las ataduras geográficas, morales e intelectuales de su tiempo, nuestros militares sirven de ejemplo para seguir esforzándonos en mejorar el convulso mundo actual. Y lo hacen con la sólida base que les proporcionan unos valores morales y éticos que no son de su exclusividad, sino patrimonio de cualquier ciudadano que goce de un sistema de derechos y libertades como el que nuestro país ofrece.

